





La muerte y la muerte de Jorge Luis Borges

Abandonando definitivamente las letras y la metafísica, Borges cedió al fin a su vieja obsesión por el tiempo y la inmortalidad.

SILENCIOSO y humilde, sin otros aspavientos que los desatados por un matrimonio tardío con la esteta María Kodama —amiga, secretaria y fiel compañera de umbrosos avatares—, saludó de pie la presencia imbatible aunque conocida de la Muerte. Cara a cara, sin pestañear y tanteando con sus errabundos ojos de ciego la inexistente certeza de un Más Allá y de un Aquí, Jorge Luis

Borges imitaba sin querer el gesto definitivo que homó, después de los estoicos, a sus propios abuelos, orgullosos forjadores de una patria que él, su nieto, abandonaría hacia el final de su indefinible existencia... Tal vez no haya querido herirla con el espectáculo de su sangre, fatalmente corroída por esa materia indecifrabable que para él era el tiempo ("de una materia deletuable fui hecho/de misterioso tiempo"); tal vez anhe-

LA ETERNIDAD, "ese artificio espléndido que nos libra, siquiera de manera fugaz, de la intolerable opresión de lo sucesivo..."

lo, como lo sugieren otros, el retorno decisivo a las imborrables horas de una infancia ginebrina... Involución o recorrido a la inversa, falso acto de libertad en un hombre que descreyó siempre del libro albedrío, no extraña el gesto circular de "volver" —para cerrar decididamente "el libro"— en quien jamás dejó de sentirse atraído por la única sensación de inmortalidad que le fuera permitida: la de intentar aprehender, como Parménides, el simbolismo del Ser en lo esencial del círculo. O, como ese otro gran griego que fue Heráclito, su perpetua e incontentible fluencia en el Tiempo ("El río me arrebató y soy ese río").

LA TRAICIÓN CONSCIENTE DE LA MUERTE. Demasiado amó Borges, en todo caso, a la veleidosa Argentina, aunque día a día fueron circunscribiéndose más los "límites" de su nostálgica pasión, encerrada, a fin de cuentas, en esa construcción laberíntica tras la cual buscó afanosamente el anhelado centro: Argentina fue Buenos Aires, la ciudad, el barrio, la calle, la casa, el zaguán y la verja, el balcón, patio y perfume, una sombra, la penumbra, el atardecer... De allí (quizá) el asombro de sus compatriotas ante la "traición" de su deceso en Suiza. Borges era su (escrito), Borges era su poeta, el mismo que había escrito: "Yo estaba siempre (y estaré) en Buenos Aires"; el mismo que se había referido prematuramente al cementerio de La Recoleta como "el lugar de mi ceniza"; el mismo que describía su reencontrada infancia no ya como "un suburbio de Buenos Aires, un suburbio de calles aventuradas y de ocultos visillos", sino como un tiempo transcurrido en "un jardín, detrás de una verja con lanzas y en una biblioteca de limitados libros ingleses" (1969).

Revalidando cada vez más las instancias suales de lo pequeño, mientras la "calle" adquiría en su obra dimensiones de Eternidad y de Infinito —y mientras "la oera orilla" o "la vereda de enfrente" se abrían bajo el vértigo de un destino incumplido—, él iba poblando su universo (y el de sus agradecidos lectores) de tantas cosas minúsculas pero cargadas con un doble sentido: el que toda palabra posee en su valor simbólico y multívoco... y el significado más restringido que esas mismas palabras fueron adquiriendo en el vasto e inagotable contexto de una obra sin par. Sin mayor trámite, en efecto, Borges le iría dando fin, una a todas las cuando de espadas, laberintos y brújulas, de ríos y círculos, lunas, espej-

La Muerte y la muerte de Jorge Luis Borges [artículo] Ana María Larraín.

AUTORÍA

Larraín, Ana María

FECHA DE PUBLICACIÓN

1986

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La Muerte y la muerte de Jorge Luis Borges [artículo] Ana María Larraín. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile